

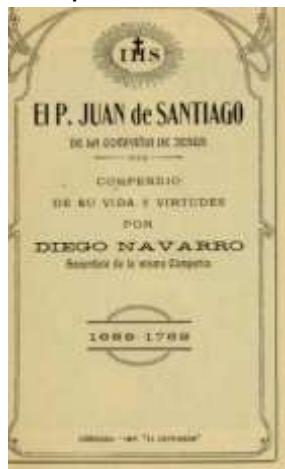
UN JESUITA ECIJANO, JUAN JACINTO GREGORIO DE SANTIAGO Y ALMENARA, CONSIDERANDO SANTO EN LA CORDOBA DEL SIGLO XVIII.

Marzo 2017
Ramón Freire Gálvez.

Cuando llegó a mis manos la historia que, en parte, me dispongo a relatarles, relativa al jesuita ecijano Juan de Santiago y Almenara, me quedé un poco perplejo, no sólo por el contenido de sus hechos y acciones en pro de los ciudadanos cordobeses, sino porque en Écija, por lo menos yo no la conocía, no hubiésemos tenido noticias de tan magnas virtudes. No me corresponde a mí, a pesar de mis creencias y fe, enjuiciar lo que otros, testigos directos, a través de sus testimonios dejaron escritos, pero algo llevará el agua cuando se bendice como dice el refrán, así que cada uno saque sus propias conclusiones, pero no es menos cierto que la humildad, solidaridad y acciones de este jesuita ecijano, calaron hondo entre la población cordobesa. Por ello, parte de su vida, es la que sigue:

Nació en Écija el 15 de Agosto de 1689, hijo de Matías de Santiago y Catalina de Almenara, siendo bautizado en la Parroquia Mayor de Santa Cruz el día 17 de dicho mes, con los nombres de Juan Jacinto Gregorio (Ver Libros de Bautismos Parroquia de Santa Cruz, año de 1689, página 133).

Vicente de la Fuente, en su *Historia eclesiástica de España o adiciones a la historia general de la Iglesia*, publicada en 1855, escribe: La Compañía de Jesús, presenta entre otros varios, al venerable P. Juan de Santiago, profeso de cuarto voto y natural de Écija. Su vida se imprimió en Zaragoza en 1763 a poco de haber muerto y cuando ya el rayo de la expatriación amenazaba a la Compañía.



Pues bien, la vida, hechos y virtudes de este jesuita ecijano, a que se refiere la anterior, quedaron recogidas en una extensa publicación, titulada *El P. Juan de Santiago de la Compañía de Jesús, compendio y virtudes*, de la que autor Diego Navarro, Sacerdote de la misma Compañía, 1689-1762, publicada el año de 1919 en Córdoba, Imprenta *El Defensor*, digitalizada por *Boston College Libraries*, de la que aporto foto de la portada y del personaje, así como, para conocimiento, los apartados siguientes: En lo que titula el autor *A guisa de prólogo*, al que leyere, escribe: Entre los varones ilustres que más honraron a la Compañía de Jesús en España, poco antes de su expulsión por Carlos III, figura en primera línea el P.

Juan de Santiago por sus eminentes virtudes, sus trabajos apostólicos y los hechos maravillosos que, de él, sus contemporáneos refieren, testigos, unos de vista y otros por referencia auténtica, de personas fidedignas.

Casi extinguida la memoria de varón tan benemérito en Córdoba, donde moró 42 años, entregado sin cesar y por completo a la penosísima labor de las misiones, ejercicios espirituales, predicación, visita de Hospitales y Cárcel, doctrina de niños, sin que quedara un solo pueblo de esta Diócesis, que no recibiera la influencia poderosa de tan apostólico hijo de San Ignacio, ha parecido un deber de justicia y gratitud y sacar del olvido al que durante tantos años fue antorcha poderosa que difundió sus luminosos rayos hasta los últimos confines de la sierra y la campiña de Córdoba.

A un Padre de la Compañía de Jesús, eminente literato, se le confió la labor de entretejer con datos dispersos y reunidos por mano solícita, la vida ejemplar del P. Juan de Santiago. Escrita está, aunque en compendio esa vida, que espera creación propicia para ver la luz pública. Mientras tanto, para que se conozca, siquiera en rasgos generales y como en bosquejo, la admirable figura del que con justicia pudiera llamarse *Apóstol de Córdoba*, he recibido el gratísimo encargo de publicar estos ligeros apuntes, tomados casi todos ellos de la vida inédita antes indicada, de la carta edificante del P. Vicente Morales, Rector del Colegio de Santa Catalina mártir de Córdoba, contemporáneo y superior de nuestro biografiado, de la *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España* por el P. Austria en los Antecedentes y de algunos otros documentos que hemos podido tener a mano.

Se dedica este folleto principalmente a los cordobeses, amantes como son de sus gloriosas tradiciones y apreciadores como el que más del mérito y la virtud de los hijos de esta tierra fecunda en santos y sabios, ya que con justicia puede llamarse hijo de esta Ciudad, el que consagró toda su vida al bienestar y felicidad de sus moradores en obras de cultura social como hoy se diría. Dígnese Dios Nuestro Señor bendecir estos ligeros apuntes, acéptenlos con benevolencia los cordobeses y sirva al que los leyere de edificación y modelo el humilde mortificado y apostólico varón Padre Juan de Santiago. Córdoba, 25 de Diciembre de 1919. Diego Navarro S. J.

Es curiosa la *Nota* del autor al final de dicho prólogo, pues hace constar: *Al usar en esta bibliografía la palabra santo o referir milagros o cosas maravillosas, no se pretende prevenir el juicio de la Iglesia Romana, ni que se dé a estas cosas más que fe meramente humana...*

En el Capítulo I, titulado **Nacimiento y educación, 1689-1704**, escribe: El día 15 de Agosto de 1689, en que celebra la Iglesia la Asunción de la Santísima Virgen, nació en Écija, ciudad floreciente y famosa de la provincia de Sevilla, Juan Jacinto Gregorio, hijo de Matías de Santiago y Catalina de Almenara y fue bautizado en la parroquia de Santa Cruz el día 17 del mismo mes. En el hogar cristiano de sus piadosos padres y al calor de la devoción a la Santísima, de cuya imagen cuidaba con especial esmero Matías en aquella parroquia, propagando su culto entre sus convecinos bajo la advocación de

nuestra Señora del Socorro, comenzó a dar pruebas el niño Juan, de que Dios le había escogido para obrar cosas grandes y adelantarse singularmente en santidad para edificación de la Iglesia, salvación de muchas almas y ser el Apóstol de la mayor gloria de Dios durante cuarenta y dos años en la ciudad de Córdoba.

La ferviente devoción a la Santísima Virgen que heredó de sus cristianos padres, fue como el carácter con que ennoblecio todas las obras de su vida. Empleábase diariamente en los actos de piedad y en cultos devotos a la Señora ante su imagen del Socorro en la Iglesia de Santa Cruz. La eligió por Madre y

de ella recibió muchos favores en su tierna edad, según el mismo afirma y hay fundamentos para pensar que a la Señora debió su entrada en la Compañía de Jesús. Terreno abonado para la práctica de las virtudes cristianas era la casa de Juan. Notósele desde muy niño una esmeradísima seriedad, un candor angelical, una edificante modestia y una compostura e interior recogimiento que le ganó el renombre del *Niño de la razón*. Apenas supo leer y ya quiso emplearse en aprovechar a los prójimos, leyendo libros de votos a sus vecinos de la calle del Saltadero, que lo llamaban con frecuencia a que les leyese. Siempre lo encontraban pronto para esa espiritual

ocupación y admiraban la gravedad y los afectos en que les encendía el diminuto lector. Su maestro de Gramática el P. Juan de Ávila afirmaba que las niñeces de Juan fueron ensayos de una virtud heroica...

Capítulo II. Vocación y noviciado, 1704-1706. El trato y comunicación con los Padres del Colegio despertó y fomentó en su alma la vocación a la Compañía y logró ser admitido en ella el día 2 de Septiembre de 1704, a los 15 años de edad. Dio principio a su noviciado en el de San Luis de Sevilla con un método ejemplar de vida que duró hasta la muerte, pues hasta ella pareció novicio en su escogida modestia. Caminaba siempre ajustado a las reglas y esta constante observancia dio a conocer que caminaba para santo. Dos máximas fundamentales formaron el espíritu de nuestro novicio y lo dispusieron para los diversos ministerios del Apostólico Instituto de la Compañía... Consignó en su librito que a semejanza del angelical Hermano Juan Berchmans, serían para él todos los días de su vida alhajas únicas de estimación, el Santo Crucifijo, el Rosario de nuestra Señora y las amadas Reglas de mi Santísima Religión la Compañía, de las cuales tendré meditación todos los



viernes. Sobre estas dos solidísimas máximas y la ferviente devoción a la Santísima Virgen estableció su parte en el noviciado, aventajando a todos sus compañeros en el ejercicio de las virtudes sólidas y perfectas, y en particular de aquellas que son como el alma, la savia y la vida de la Compañía: la obediencia, humildad, pobreza y mortificación.

Como síntesis de lo dicho, sirvan las siguientes palabras de un célebre maestro, connovicio, condiscípulo y compañero del P. Juan de Santiago muchos años: *Jamás vi, dice, en el P. Juan de Santiago, por espacio de 56 años, la menor novedad en su porte y acciones, que todas eran de un hombre de grande estudio en la virtud y mayor en ocultarla... observé una rara constancia en su porte siempre edificativo...*

Capítulo III. Estudios, ordenación y primeros ministerios. Sus tribulaciones interiores. 1706-1719. En Carmona repitió el estudio de la latinidad y cursó la retórica en el Seminario que allí tenía la Compañía. Con tal pureza de alma y tal rectitud de intención se consagró a estos estudios y a los siguientes que parecía la regla viva de los escolares de la Compañía. Lejos de



disminuir en él el fervor en la práctica de las más sólidas virtudes durante sus estudios, juntaba maravillosamente virtud y letras con tal perfección que en las clases aventajaba a todos, dotado como estaba de un ingenio peregrino y en casa era antorcha luminosa que edificaba con el resplandor de sus virtudes. Tales progresos hizo en el estudio de la Retórica y oratoria que, pasmaba a muchos, dice el P. Morales, versados en la elocuencia oír en los sermones del P. Santiago, practicados todos los preceptos de la oratoria, adquirió de él, aquella seguridad de conciencia que disipaba las dudas y los temores del humildísimo varón, probado muchas veces con desconfianzas, desmayos y escrúpulos, como veremos.

El año de 1713 recibió los sagrados órdenes en Sevilla. El subdiaconado y diaconado los días 26 y 30 de Noviembre y el Presbiterado el 3 de Diciembre, día consagrado a San Francisco Javier, en cuyo honor, había de trabajar el nuevo sacerdote con gran fruto de las almas, que logró con sus novenas. Cuatro años enseñó Retórica en el Colegio de Córdoba cultivando ingeniosamente a sus discípulos en toda piedad y dos fue Director de Ejercientes en el Noviciado de Sevilla. Entró en él a servir de modo y ejemplar a los novicios: En aquella casa, dice con ingenuidad y candor el P. Morales, donde por domésticas no se extrañan la modestia y mortificación más rígidas, confiesan los de aquel tiempo, que se admiraban entre los novicios la penitencia y silenciosa abstracción del P. Santiago. Parece que el Señor lo llevó a estos años de retiro, con oculta providencia, para que se preparase en soledad a los empleos apostólicos.

...Quedaban tan atentos los concursos numerosísimos, dice el P. Morales, que no alentando el Padre la voz más cerca, sin embargo resonaba en todo el templo y desde luego se leían en los semblantes los afectos de los corazones y

todos atribuían al espíritu de celo santo la potencia de su voz, que hacía estremecer las paredes como al impulso de un trueno. A su predicación sucedían hechos extraordinarios y ejemplares que bien pudieran calificarse de milagrosos. El tantas veces citado P. Morales, dedica numerosas páginas a relatar estos hechos. Ya descubría secretos íntimos de conciencia en los penitentes, ya comunicaba a objetos, bendecidos por él, virtud curativa eficacísima con los que alcanzaban la salud enfermos graves, ya anunciando a unos su porvenir, como a una joven desconocida del Padre en Belalcázar, que al acercarse a su confesonario, le dijo: Tu, hija mía, serás religiosa y me alcanzarás en días, sin que la joven entonces pensara entrar religiosa ni mucho menos. Cumplióse puntualmente cuanto dijo el misionero y fue religiosa probada en sus trabajos y le excedió en días. Ya daba a otros la vista, como el suceso que refiere su historiador, ocurrido el día en que celebró el Colegio de Córdoba la canonización de San Estanislao de Kostka y San Luis Gonzaga el año de 1728. Obró también muchas conversiones e hizo gran fruto en las almas por medio de la novena de San Francisco Javier, de quien era devotísimo, a quien procuraba imitar en su vida apostólica. En su ancianidad parece que se rejuvenecía durante la novena y admiraban todos redoblado su espíritu de eficaz persuasión. Su sabiduría, sus dones, de consejo, de prudencia y de discreción de espíritu, unidos a una suavidad de corazón y a una dulzura de palabras atraía la confianza y serenaba las conciencias de los innumerables penitentes de todas clases edades y condiciones...

Capítulo V. Otros trabajos apostólicos del P. Santiago. Durante muchos años dio los Ejercicios de S. Ignacio al Real Cabildo de San Hipólito y al Ilmo. De la Santa Iglesia Catedral. Ambos Cabildos honraron al P. Santiago mirándolo siempre como Director celoso del aprovechamiento espiritual de sus individuos. Los seminaristas teólogos de San Pelagio se ejercitaron de igual modo bajo su dirección. Predicó con frecuencia y siempre ante numeroso concurso en la Iglesia del Colegio y en las de la ciudad y además de recorrer todos los pueblos en misiones como queda dicho, daba anualmente Ejercicios a toda clase de personas, enseñaba el Catecismo a los niños de las escuelas que en ordenada procesión recorrían las calles y plazas seguidos de un concurso numeroso que con ansia fervorosa no perdía la más breve exhortación que hiciese el Padre Santiago.

...En una de las meriendas con que regalaba a sus enfermos del hospital tuvo tan mala mano el portador de una olla de albóndigas que la dejó caer al suelo haciéndola añicos. El Padre unió prontamente los deshechos cascós y repartió sencillamente sus porciones a cada enfermo sin que se notase mengua ni aún en el caldo. Había enviado para la asistencia de una enferma una anciana de muy buena voluntad, pero de corta expedición para los quehaceres domésticos. Esta, al quitar del fuego una chocolatera de barro, única en la casa, y con una sola onza de chocolate, se quemó y dio en tierra con todo el consuelo de la enferma y con toda la provisión de su alivio. Una hermana de la doliente se impacientó con la desgracia y exclamó: ¿Estos son los alivios que a mí me manda el P. Juan? Al instante llamó a la puerta el Padre y entre bromas y veras le dijo: Si tú te hubieras quemado hubieras hecho lo mismo. Toma ese

bollo de chocolate y suple el que se derramó, pero cuidado con la paciencia. La atribulada anciana quedó muy consolada con tal defensa.

Desazonada se hallaba una pobre mujer con la muerte de una gallina útil por lo fecunda, acudió al Padre mostrándola yerta. No puede estar muerta, dijo, pues ha de poner muchos huevos que estos hacen falta en casa de los pobres. Tomóla de un ala, sacudiola dos o tres veces y ella, empezando a aletear, se fue corriendo a cumplir con el oficio a que la destinaba la caridad. Para terminar de algún modo este capítulo, pues nos haríamos interminables, recordaremos los innumerables beneficios que toda la ciudad de Córdoba recibió del compasivo y generoso P. Santiago en la epidemia de 1738. A la carestía grande que se experimentó en toda Andalucía los años 1734 y 1737 se siguió en Córdoba una cruel epidemia que diezmaba la ciudad y la llenaba de consternación. Entonces mostró el P. Juan de una manera extraordinaria su caridad y los recursos ingeniosos de su corazón compasivo. Toda la ciudad agradecida lo admiró continuamente afanado para socorrer a los pobres y consolar a los enfermos. De casa de los ricos sacaba gruesas limosnas que, solícito como una madre, repartía entre aquellos. Fue tanto lo que multiplicó y tanto lo que repartió, que un eclesiástico, refiriéndose a este tiempo de epidemia y carestía, informa así: *Lo que vimos de la caridad, de la humildad y de la fe de este varón, no puede recordarse sin llanto.*

...Nombrado Rector del Colegio de la Asunción de esta ciudad, sólo duró ocho días en esta ocupación. Volvióse al Colegio de Santa Catalina, porque no descansaba con aquellos visos de dignidad. Preguntábanle la causa de esta repentina huida y solía responder con humilde chiste: Fui a barrer al Colegio y luego que en él no quedó más basura que yo, por dejarlo limpio me vive. Nos haríamos interminable si tratáramos de seguir al autor de la carta edificante en la narración del ejercicio de la humildad, practicada en grado heroico por el humildísimo Padre Santiago. Baste lo dicho para formarse una idea remota de la perfección suave a que llegó en la virtud fundamental y raíz de todas las virtudes.

Capítulo VIII. Celo por el culto divino. Devoción a la Santísima Virgen y San Rafael. Llama de amor ardiente a Dios Nuestro Señor consumía al P. Santiago y la manifestaba en el celo activo por el decoro de la casa de Dios y majestad del culto. Su presencia en el templo edificaba a todos, aun los más tibios, en el conocimiento de la veneración que pide la majestad de las Iglesias, se llenaban de compostura con una sola mirada del P. Santiago. Se consumía así que observaba alguna menor decencia en el aseo de los altares o en los sagrados vasos y ornamentos. Trabajó para que se reparasen muchas iglesias del Obispado y apenas hubo alguna que no tuviera pruebas de este celo



del Padre. Empleó cuantiosas limosnas en surtir las parroquias del obispado de vestiduras sagradas, como amitos, albas, casullas, etc.

Con grande actividad promovió los cultos ya hacía tiempo olvidados, a la devotísima imagen de Jesús Crucificado, el Cristo de las Ánimas en su ermita del Campo de la Verdad... Para alivio de las almas del Purgatorio fundó la Hermandad del Socorro y el Señor premió su celo con sucesos extraordinarios. Resplandeció singularmente su devoción y afecto entusiasta con el Custodio de Córdoba San Rafael. No hubo casa adonde no hiciera llegar una devota estampa del Santo Arcángel; erigió el hermoso triunfo que aún hoy admiramos frente a la antigua iglesia de Santa Catalina, con una dedicatoria que muestra cuanto era el amor del P. Santiago a San Rafael. Por su iniciativa se restauró la imagen que se venera sobre el Guadalquivir; deseó que se erigieran otros monumentos a semejanza del levantado por él, y el del Alcázar, hoy Cárcel, el de la Plaza de Aguayo y el magnífico que se levanta sobre la Catedral, el Palacio Episcopal y el Seminario se deben a su dirección o a su consejo, aunque éste último fue levantado después de su muerte.



...Hay indicios para creer que conoció la luz superior el día supremo. A una persona de su confianza dio escritas el año 1740, 22 antes de su muerte, las siguientes palabras: Día del nacimiento del Niño Jesús, día de mis dichas, aludiendo al día de su muerte. Meses antes de salir de este mundo decía a sus penitentes: Busquen confesor porque yo me muero y me enterrarán en la bóveda de la Comunidad con mis Hermanos.

Esta adición, dice el P. Morales, que tenía visos de ociosa, es una de las profecías del P. Santiago, pues fue necesario contrarrestar los más autorizados

esfuerzos para enterrarle en la bóveda común. Dispuesto el siervo de Dios para la última hora, puede decirse que murió como buen soldado en el campo de batalla. Agobiado de sus cilicios, más que de sus años, y casi baldados los pies por su mortificación, no andaba ya, sino que se arrastraba. No podía hablar y sin embargo se ofreció para los sermones del Adviento de 1762.



A pie, en medio de lluvias y recios temporales, acudió a dar los ejercicios al Real Cabildo de San Hipólito en el mes de Noviembre de dicho postrero año de su vida y últimamente al Itmo. De la Santa Iglesia Catedral. En esta tarea de sus fervores apostólicos se rindió su salud. Una fuerte calentura le postró en

cama y calmada algún tanto, bajó la víspera de la Inmaculada a la Iglesia y predicó e hizo la exhortación de la tarde. Asistió al día siguiente a los ejercicios de la Congregación, recibiendo las últimas respiraciones de su ardiente celo aquella soberana Madre que le inspiró su vocación a la Compañía. Despidióse con tiernos afectos de su venerabilísima imagen del Socorro y rendido por la fatiga y falto de respiración, subió a su aposento y a los pocos días, debilitadas sus fuerzas, agobiado por las interiores desolaciones, postróse en cama y fue necesario administrarle los últimos Sacramentos, que recibió con gran fervor, arrancando lágrimas de ternura a la comunidad, que asistió al solemne acto con hachas encendidas.

El día 21 de Diciembre le visitó y consoló con la bendición papal el Ilmo. Prelado D. Martín de Bacia. Al penetrar el Sr. Obispo en la habitación del siervo de Dios, dijo éste lleno de confusión: ¡Que visita, Ilmo. Sr., tan perdida y tan mal empleada! Llego el día 25 de Diciembre, copiamos del P. Morales, día que había celebrado siempre el P. Juan de Santiago con dulcísimos afectos y al ponerse el Sol, como a las cuatro y veintisiete minutos de la tarde se extinguió aquella luz, que había ilustrado con ejemplos de santidad este Colegio, esta Ciudad y este Obispado. En el ósculo suave de las llagas de Jesús dio a los 73 años, 4 meses y 10 días de su edad, el último aliento este apostólico varón, que llenó el ministerio de su vocación, que consumó con perfección los empleos de su vida religiosa y que, peleando con esfuerzo en las empresas de la mayor gloria de Dios, guardó constante la fe que habían prometido a su capitán Jesús.

Al correr por la ciudad la noticia de su muerte, todo el pueblo acudió presuroso al Colegio a llorar su pérdida unos, otros a ofrecer sus obsequios, y todos a sacar de las manos del P. Rector algún objeto de los que habían pertenecido al P. Juan de Santiago. Tres días estuvo expuesto el cadáver en una de las clases de Gramática. Un crecido concurso de todas las clases de la sociedad acudió a besar los pies, a poner sobre sus cabezas las manos del Venerable cadáver y a coger con ansia fervorosa las flores esparcidas por el cuerpo. Se rendían los Padres y Hermanos del Colegio, de tocar continuamente rosarios, medallas y lienzos a aquellos restos inanimados y se sucedían unos a otros. Más de una vez le arrebataron los ornamentos sacerdotales, el bonete y el calzado, sustituyéndolos por otros de más valor y guardando aquellos como reliquias.

Celebráronse las exequias el día 28 ante un gentío inmenso que llenaba el templo y la plaza. Fue conducido el féretro en hombros de los canónigos de la Real Colegiata de San Hipólito, honroso obsequio que quisieron tributar al que fue su Director, Maestro y padre de su espíritu. Terminados aquellos fue enterrado el P. Juan de Santiago en una bóveda especial construida para este objeto entre las otras de sus Hermanos, como él había anunciado. Cerraron la caja con tres llaves el Doctor Don Juan Antonio Carrascal y Velli, Chantre de esta Santa Catedral, el P.



Ministro del Colegio y el Señor Doctor Don Pedro de Cabrera y Cárdenas, Deán. Una de las tres llaves la ofreció el P. Rector al Ayuntamiento y otra al Cabildo Catedral, que aceptaron las dos corporaciones como un tesoro de veneración para su aprecio. El P. Morales dedica largas páginas para describir los honres que recibió el P. Juan de Santiago después de muerto, las que omitimos por no permitirlo la brevedad que nos hemos propuesto al escribir esta corta biografía.

Al año de su muerte celebráronse honras fúnebres solemnísimas en la Iglesia del Colegio en las que ofició el Ilustrísimo Prelado Don Martín de Barcia y la oración fúnebre el Señor Don José de Baena, Rector y Catedrático de Teología del Seminario de San Pelagio y Prebendado de la Santa Iglesia Catedral. En un folleto de 64 páginas impresas se describen estas honras con tal lujo de pormenores y tal abundancia de datos que, a juzgar por lo que hemos leído, hubieron de resultar verdaderamente regias. Se erigió un elevado túmulo de 17 varas, dividido en tres cuerpos y llenos de blandones hasta más de quinientos. El catafalco, los altares de toda la iglesia, los arcos y columnas se cubrieron de colgaduras negras y versos en latín y castellano todos en obsequio y panegírico del difunto.



A 23 llegan las composiciones que se fijaron en el catafalco, columnas, puertas y ventanas. Estas solemnes exequias como las del entierro del P. Juan de Santiago las ofrecieron y costearon por su afecto y devoción al que había sido durante muchos años su discreto Director, la Excelentísima Señora Doña María Josefa de los Ríos y Narváez, Marquesa de las Escalonías y Doña María del Rosario de Hoces y Venegas, Conde Viuda de Hornachuelos. Estas virtuosas hijas, dice el P. Morales, no permitieron en otro cuidado los honores de su difunto padre. Por este piadoso empeño no pude admitir sino agradecer las distinguidas ofertas con que el Señor

Don Juan Alfonso de Sousa y Portugal, Marqués de Guadalcázar, solicitó como hermano (lo es de nuestra Compañía) por carta de hermandad un funeral decoroso.

Conclusión: Terminaremos esta brevísimas narración con unas palabras en que, el autor de la carta edificante, resume atinadamente todo el carácter y virtudes del P. Juan de Santiago: *Esta es la imagen de un varón señalado por sus virtudes entre los muy ilustres que ha producido nuestra Compañía en este siglo. La heroicidad de sus acciones inspira alientos a los que trabajan en los ministerios apostólicos de nuestro instituto. La Santidad de sus ejemplos debe mover a los fieles a la práctica de las virtudes. Estas se unieron todas en el corazón de un justo, que tuvo por norte la mayor gloria de Dios y solo compitieron, en cual se había de ocultar más con el velo de la humildad, que fue la que jamás pudo esconderte de nuestra veneración...*

La inocencia de sus costumbres le hizo ángel en el siglo, la obediencia exacta de nuestras santas reglas le hizo perfecto en la religión; las tareas

apostólicas y confesonario lo acreditaron de infatigable y celoso operario en la viña del Señor... Todos le hallaron sufrido, inmutable, penitente y pobre... Varón, en fin, que vivió abrasado de amor de Dios y que murió con ardiente sed de padecer y estrecharse en una misma cruz con su Señor.

Con lo anterior, sería más que suficiente para acreditar las obras y virtudes de este jesuita ecijano, que dejó huella en Córdoba, antes y después de su muerte. Y como quiera que la obra anteriormente citada, de la que hemos trascrito los pasajes más interesantes respecto de su vida, más de cien años antes a la publicación de la misma, ya fueron relatadas algunas de las virtudes del P. Juan de Santiago, concretamente en la obra *Paseos por Córdoba o sean apuntes para su historia, tomo I*, de la que fue autor Teodomiro Ramírez de Arellano y Gutiérrez, editada en Córdoba el año de 1783, Imprenta de Rafael Arroyo, sita en calle del Cister nº 12 de la capital cordobesa y que decía así:



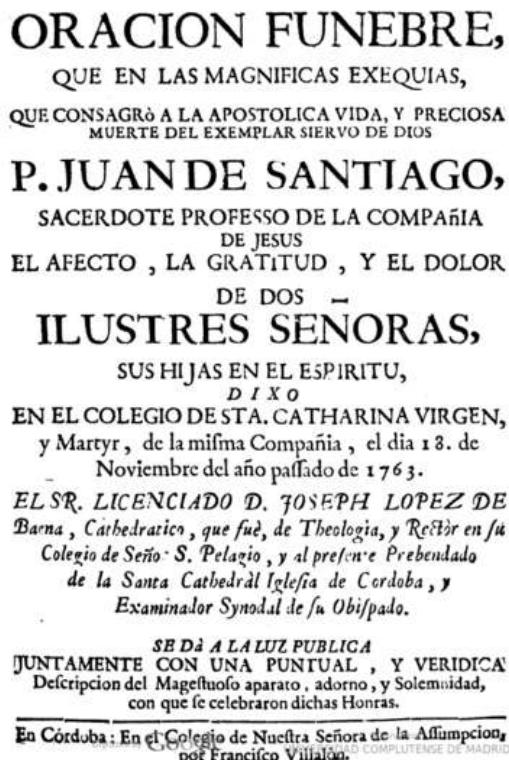
“...Otro jesuita muy notable fue el P. Juan de Santiago, a quien se deben casi todos los monumentos o triunfos dedicados a San Rafael, existentes en diversos sitios de la ciudad. Nació en Écija el día 15 de Agosto de 1689, dándose a conocer desde sus primeros años por su amor al estudio y por las prácticas de las más raras virtudes, tanto, que llegó a ser conocido como “*El Niño de la razón*”. Ya en edad competente entró a estudiar en el Colegio de Jesuitas de Sevilla, donde estuvo hasta ordenarse, y por último, vino al de Córdoba, donde por espacio de más de cuarenta años fue un modelo de santidad, en cuyo concepto lo tuvieron y amaron los cordobeses; en su vida, que corre impresa hemos leído en la Biblioteca Provincial, no sólo se hacen grandes elogios de sus virtudes, don para el púlpito y santidad, sino que hasta se le atribuyen muchos milagros; entre ellos se cuenta que un día de mucha lluvia estaba una ciega probando cómo pasar el arroyo de la calle del Paraíso para entrar en la iglesia y que viéndola el P. Santiago, le alargó la mano diciéndole: Pase hermana y mire bien dónde pone los pies para no mojarse, a lo que contestó aquella infeliz: Ya lo veo, ya lo veo, esto es un milagro del Padre pues he recobrado la vista.

El P. Juan de Santiago llegó a ser el amparo de todos los cordobeses; a todos acudía con sus consejos y limosnas, que siempre tenía en abundancia, por la confianza que en él hacían cuantos podían socorrer a sus semejantes. En 25 de diciembre de 1762, falleció aquel virtuosísimo sacerdote; la noticia cundió por toda la ciudad y cuál sería el cariño que se le profesaba y la admiración de sus virtudes, que fue inmenso el gentío que acudió y hasta el Ayuntamiento reclamó la conservación en su archivo, donde hemos visto de una de las tres llaves con que se cerró el ataúd, formado doble, ósea de plomo y madera; podrida esta quedó el primero, y por cierto, en una de las reformas hechas en

el presbiterio, la encontraron unos albañiles haciéndola pedazos, creyendo que era un hallazgo para ello de lucro, lográndose a tiempo evitar que la acabaran de romper.

Conservamos un folleto con la descripción de las solemnísimas honras que se celebraron al año de la muerte del V.P.M. Juan de Santiago, seguida del

sermón que en las mismas pronunció el escritor Lic. D. José López de Baena, Prebendado de la Santa Iglesia Catedral; según aquel, delante del altar mayor se elevaba un magnífico catafalco de tres cuerpos, cubiertos de paños negros con adornos blancos, en que se veían algunos trofeos alusivos y algunas composiciones poéticas, que como otras, repartidas en cartelones por toda la iglesia, eran obras de los escritores cordobeses, a la memoria de la persona a quien iban dedicados aquellos sufragios; multitud de luces, que estuvieron encendidas hasta la tarde que se consumieron y toda la Capilla de la Catedral dieron mayor realce a estas exequias, a que asistieron el Cabildo Eclesiástico, el Ayuntamiento, la nobleza y un numeroso pueblo, que con el mayor



recogimiento oyó misa, celebrada por el obispo señor Barcia y el sermón antes citado”.

Hasta aquí los hermosos pasajes de la vida del jesuita ecijano Juan Jacinto Gregorio de Santiago y Almenara. Como decía al principio, cada uno que saque sus propias conclusiones, pero no cabe duda de que, por los testimonios que dejó de sus obras en Córdoba, fue considerado santo en su vida y muerte, lo que nos deberá llenar de orgullo a nosotros los ecijanos, de ello que, con este artículo quiera dedicarle el reconocimiento que creo nunca tuvo en Écija.